

Roberto R. Kretschmer

In memoriam

Ruy Pérez Tamayo

A Lilian, Verónica y Kilian

El 22 de marzo falleció el doctor Roberto R. Kretschmer, uno de los médicos mexicanos más queridos y admirados de nuestros tiempos. Le faltaban unos cuantos días para cumplir sesenta y cinco años de edad.

Desde un punto de vista profesional, Roberto era varias cosas: un distinguido investigador del IMSS en el campo de la amibiasis, un inmunólogo pediatra clínico con una gran clientela que lo adoraba, un popular y respetado profesor universitario, un concienzudo y preocupado miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México, así como de varias otras comisiones y

grupos directivos en el medio médico académico.

Desde el punto de vista humano, Roberto era: un hombre poseedor de una enorme cultura universal, un espíritu inquisitivo y siempre abierto, pero también crítico y con elevados estándares de excelencia, un melómano crónico con fuertes inclinaciones wagnerianas, un amante y conocedor de las artes plásticas y en especial de la pintura, un enamorado de la arquitectura, un carácter fácil, amable y cordial, con un trato caballeroso y gentil para todo el mundo, que se transformaba en afectuoso e informal con sus amigos, para los que poseía una generosidad inagotable.

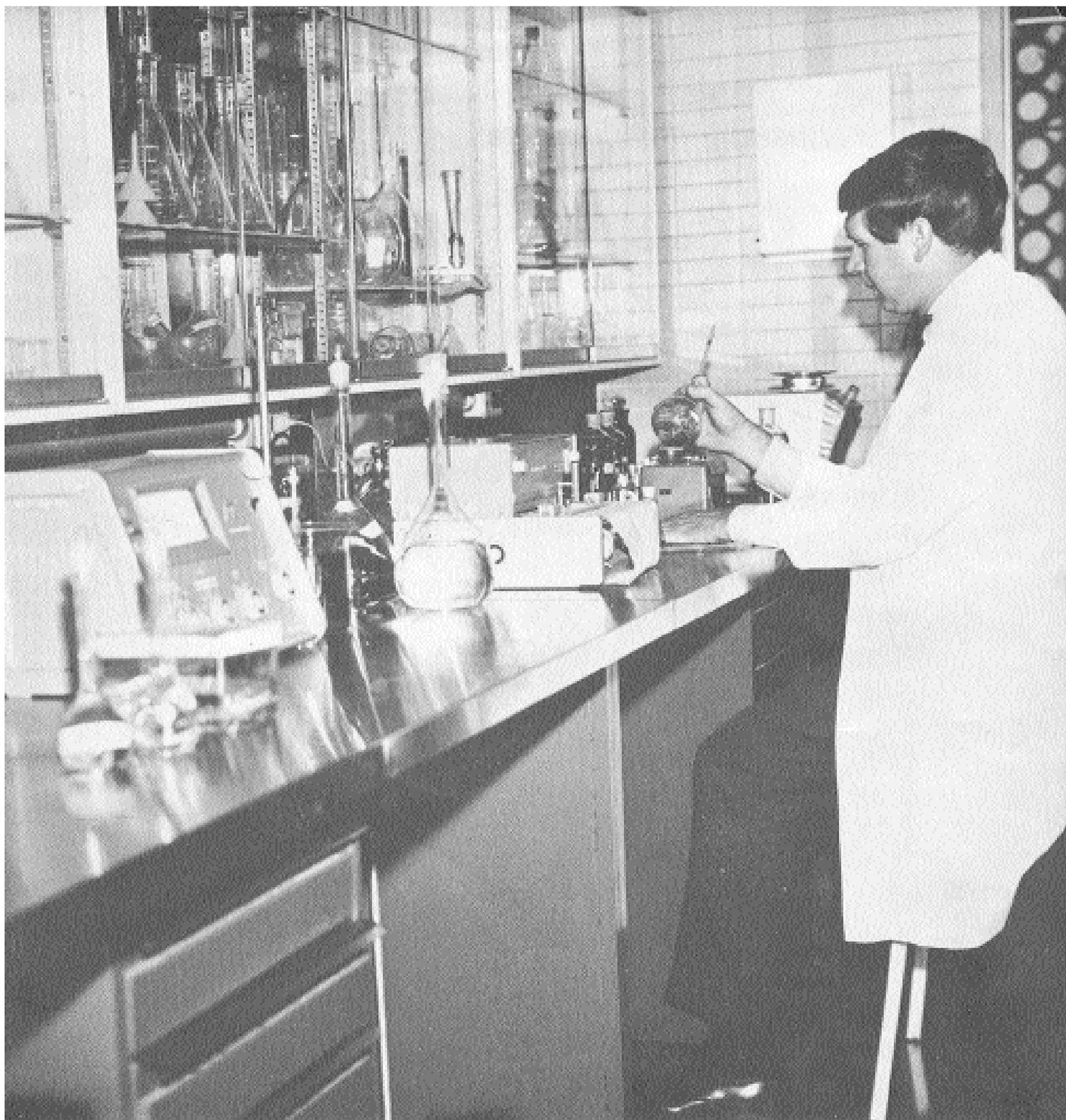
Y desde el punto de vista familiar, Roberto fue un hijo preocupado y cariñoso con su padre, un hermano cercano y siempre visible, un esposo ejemplar, un padre amoroso de dos hijos. De modo que con la muerte de Roberto se pierden muchas cosas pero persisten otras que, gracias a la enorme riqueza y productividad de su vida, recibieron un impulso permanente. Es de este legado de Roberto del que voy a ocuparme en lo que sigue.

Lo conocí en 1960 (o sea, hace cuarenta y cinco años), como alumno de mi curso de Anatomía Patológica en el tercer año de la carrera de médico cirujano en la Facultad de Medicina de la UNAM. Al principio de ese curso dicté una clase sobre un tema que me interesaba mucho (transplante de tejidos) y terminé mi exposición diseñando en el pizarrón el esquema de un experimento que podría resolver un dilema biológico que hasta ese momento estaba pendiente. Después de la clase, Roberto me buscó en mi oficina y me dijo: “Maestro, yo quiero hacer ese experimento...”. Su interés y su decisión (Roberto

apenas tenía veinte años) me impresionaron, lo invité a trabajar conmigo en el problema, juntos diseñamos los experimentos y los llevamos a cabo los fines de semana porque tenía que ir a clases. A la mitad del camino nos encontrábamos un poco perplejos con los resultados, pero Roberto diseñó una forma muy original de reforzar la validez de los datos que funcionó muy bien. Finalmente, escribimos nuestros resultados en tres artículos científicos y los enviamos a las revistas internacionales de mayor alcornia científica del momento, en las que fueron aceptados sin comentario alguno, y publicados en 1961-1962, o sea cuando Roberto todavía era estudiante en la UNAM. Como resultado de esas publicaciones recibimos una invitación para contribuir con un capítulo en un texto internacional sobre inflamación, que completamos y enviamos cuando ya estaba terminando sus estudios. Además, también nos invitaron a un congreso en Nueva York, al cual asistió solo (yo no pude acompañarlo) y presentó un resumen de nuestros trabajos. Usando todo este material Roberto escribió su tesis profesional y se graduó de médico cirujano con mención honorífica en 1964. Debo agregar que terminó su carrera con diez de promedio en todas las materias, un record registrado en una placa conmemorativa en nuestra Facultad de Medicina.

Naturalmente, desde el principio Roberto y yo establecimos una relación entrañable, que siguió siendo la misma hasta su muerte y que ahora me corresponde conservar. Pronto se hizo un huésped favorito en mi casa, se ganó el cariño de mi esposa y de mis hijos, y cuando se fue a Alemania a hacer su servicio social lo alcanzamos allá toda la familia y juntos





viajamos a Grecia y a Italia. Después de muchos años, cuando he regresado a los museos griegos he recordado sus comentarios sobre el origen de la serpiente en el caduceo de Esculapio. Nuestra relación pronto dejó de ser la de maestro y alumno para transformarse en la de una sólida amistad, pero ésta se convirtió en otra, la relación de padre e hijo. Él nunca me lo dijo, pero lo actuó de mil maneras, yo tampoco se lo dije, y ahora me arrepiento

porque creo que Roberto no lo habría rechazado y a mí me hubiera enorgullecido.

Mi hijo Roberto. Alguna vez su hermano Carlos, cuando asistimos juntos a la entrega de uno más de los muchos premios que recibió Roberto, me dijo: “Cómo se siente que le den un premio a un hijo suyo”. No contesté, pero para mis adentros dije: “Merece éste y muchos más”. Cuando me llamaba por teléfono (una o más veces por semana), iniciaba la con-

versación diciendo: “¿Tiene un minuto?”, y yo buscaba una silla porque en promedio eran treinta o cuarenta minutos de los cuales los diez primeros él hablaba de corrido, sin respirar. Era imposible conversar con él sin aprender algo nuevo y con frecuencia no una sino varias cosas. Sus escritos rebosaban con citas de los personajes más disímbolos: Goethe (un favorito) junto a Borges; Mozart al lado de Lichtenberg; Fischer-Dieskau y Solti; Beethoven



(otro favorito) y Proust. De hecho, alguna vez le comenté que en un manuscrito, en tantas citas, se me había escapado lo que él, Roberto, pensaba sobre el asunto.

Cuando el Centro Médico del IMSS se destruyó con el temblor de 1985 Roberto y su equipo de investigación se quedaron sin sitio de trabajo y yo tuve la oportunidad de alojarlos en mi laboratorio de entonces en la Facultad de Medicina en Ciudad Universitaria, durante siete años.

Al mismo tiempo recibimos también a otro gran amigo y excelente investigador, el doctor Héctor Márquez y su grupo, que también habían visto desaparecer sus instalaciones. Nuestro equipo de trabajo, como todos los mexicanos, se dolía con la terrible tragedia provocada por el sismo, pero por lo menos yo le concedí un aspecto positivo que fue la incorporación de esos dos grupos de investigadores, su presencia enriqueció nuestra vida personal y

académica. Sin embargo, con la inauguración del Centro Médico Siglo XXI tanto Roberto y su grupo como Héctor y su equipo regresaron a su institución, pero siempre seguimos en contacto cercano intercambiando materiales de investigación, dando cursos de posgrado en la UNAM juntos, leyendo y criticando mutuamente nuestros artículos científicos, viajando juntos a Bayreuth para ver y escuchar *Tannhäuser*, y a Salzburgo para ver *El caballero de la*

Su entrega al trabajo, su honestidad, su bonhomía,
su cultura desbordante, su don de gentes
y su simpatía son de todos los que lo conocieron...

rosa, comentando las puestas en escena de nuestro amigo Sergio Vela de las obras de Wagner en el Bellas Artes, compartiendo comentarios sobre los artículos interesantes del último número del *New York Review of Books*, intercambiando libros y muchas otras cosas más.

Este es mi *Réquiem* por Roberto. Fue mi hijo intelectual, tan querido como si hubiera sido mi hijo biológico. Su existencia enriqueció mi vida tanto como lo hicieron (y lo siguen haciendo) mis propios hijos. Su recuerdo (que ahora empieza) será luminoso, estimulante, a veces nostálgico, pero nunca triste. Porque para mí su muerte no significa su desaparición. Roberto se fue de esta vida pero su espíritu se quedó conmigo, yo lo conservo íntegro y seguirá viviendo en mí hasta que yo mismo desaparezca. Su entrega al trabajo, su honestidad, su bonhomía, su cultura desbordante, su don de gentes y

su simpatía son de todos los que lo conocieron; en cambio, su transformación de joven estudiante a gran científico (que yo atestigüé), sus dudas iniciales sobre su futuro (que me confió), sus primeros trabajos científicos (que hicimos juntos), y otros muchos aspectos de su vida personal y profesional (que compartimos a lo largo de cuarenta años) son especialmente míos. Igual que sucede con la relación de padres a hijos, cuando es positiva los dos se benefician. Quiere terminar este *Réquiem* registrando mi gratitud por lo mucho que me beneficié con la vida de mi hijo Roberto. Para un profesor universitario la mayor satisfacción es encontrarse con un alumno como él. Todas las preocupaciones y los esfuerzos que haga el profesor para cumplir con las aspiraciones de su alumno estrella serán pocos. Pero si finalmente los cumple, el resultado será muy generoso: el alumno será mejor y más

sabio que el profesor. Ésta es la meta de la enseñanza, sin la que el progreso es imposible, y Roberto la cumplió conmigo con creces. Vivir sin Roberto no será fácil pero, como él mismo diría, la alternativa es menos deseable.

En mis más de cincuenta años de profesor universitario he tenido la fortuna de encontrarme con varios alumnos extraordinarios, cuyas posteriores carreras profesionales han sido de gran éxito y les han ganado muchos reconocimientos académicos. Para mi enorme satisfacción, casi todos ellos también se hicieron buenos y permanentes amigos míos. Uno de ellos, uno de los dos mejores que tuve, que se convirtió en mi querido hijo intelectual, fue Roberto. Descanse en paz. **U**

Ruy Pérez Tamayo es profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México, miembro de El Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua.

